

# PRÓLOGO

## Olvidos y manglares

Ángeles Lorenzo

*Quizá lo que he callado sea materia de olvido.*

J. M. Caballero Bonald

En su libro *La tregua*, Primo Levi retrata a quienes estaban con él en el campo de concentración de Auschwitz. Dice que todos ellos querían sobrevivir y regresar a sus hogares no solo por instinto de supervivencia, sino para poder contar lo que habían visto. Contar aquello para que no volviera a suceder, sí; pero aún más deseaban relatar esos trágicos días para que no se disolvieran en el olvido. Y es que, por muy doloroso que resultara, ellos sabían que únicamente guardar memoria de lo sucedido permite relacionarlo —con lo que está pasando y con lo que vendrá— y terminar, tal vez, comprendiendo algo: una brizna de algo esencial.

De similar manera, en la cita de arriba el poeta alude a tantas experiencias e ideas, obsesiones, preguntas, que no llegan a tomar forma mediante la escritura, que a menudo ni siquiera nombramos, y así corren el riesgo de perderse entre las sombras de la memoria. Igual que cuando, al despertar, apartamos las hebras perdidas de un sueño, las retiramos de nuestros párpados para afrontar el día —en principio, pensamos que con la máxima lucidez posible—, y al cabo de unas horas ya somos incapaces de recordar imágenes que a menudo eran realmente intensas y casi siempre muy esclarecedoras. Según avanza el día, conforme nos vamos zambullendo en mil actividades y quehaceres supuestamente urgentes e importantes, todos muy necesarios y racionales, vamos perdiendo —quizá para ya nunca recuperarlo— ese hilo que quizá nos pudiera guiar en la salida del laberinto, o al menos en su comprensión.

Para eso escribimos, a veces: para no olvidar; para reelaborar y comprender.

Y, al mismo tiempo, escribimos para tender puentes y abrir caminos.

Porque cada palabra es también —al menos en potencia— creadora de realidades nuevas, aún inexploradas, ventana abierta a lo que no ha

sucedido aún. Igual que pasa con los bosques de manglares<sup>1</sup>, que en lugar de crecer desde la tierra firme lo hacen a partir de semillas flotantes que se establecen en el agua, echando raíces en el lodo del fondo. Cada una de esas plantas envía raíces verticales a través de la superficie del agua, culminando en lo que parece un pequeño árbol soportado por pilotes. El complejo sistema de raíces aéreas atrapa tierra flotante, hierbajos y escombros. De este modo, la acumulación de materia atrapada forma una pequeña isla, que con el tiempo crece y crece, incluso más allá de los árboles. Mediante este proceso, la tierra es progresivamente construida por los árboles. Al contrario de lo que es habitual, por tanto, no son los árboles los que se desarrollan a partir de la tierra, sino al revés.

Y es que a la hora de construir un texto literario, a menudo son las mismas palabras —su estructura, su ritmo, las relaciones entre ellas— las que determinan qué pensamientos terminará expresando ese texto. Suele suceder esto con los poemas, y a menudo con textos de singular complejidad. Y es que el desarrollo escrito de un texto puede carecer, a veces, de toda premeditación, de todo apoyo por lo que a las ideas previas se refiere; y esa primera palabra entonces será la semilla, el germen único de la obra, que irá formándose, como una isla, que

---

<sup>1</sup> Desarrolla esta idea Andy Clark, en «Palabras mágicas. Cómo el lenguaje aumenta la capacidad computacional humana».

ascenderá misteriosamente desde la aparente nada. Es de este modo como la escritura, el propio acto de la escritura, en lugar de ser el resultado de un proceso de ordenación y estructuración de ideas previas, a menudo es el origen de un proceso de búsqueda: todo lo que tenemos para encontrar, dejándonos llevar por las palabras.

De modo que la escritura nos permite no solamente ordenar ideas con las que previamente contamos, recordarlas y relacionarlas para darles sentido, sino también en un proceso que parece inverso, bucear en nuestros fondos abisales, en nuestros pliegues más recónditos y oscuros, en nuestras contradicciones irreconciliables, cuya capacidad creadora es inagotable.

La palabra es un vínculo, así, de ida y retorno, entre lo que sabemos y lo que somos capaces de descubrir; crea enlaces entre lo que percibimos y recordamos y lo que, sin ella, jamás conoceríamos acerca de nosotros mismos o del mundo que nos rodea. Quizá por eso, ante la pregunta sobre el porqué de su escritura, Borges decía que la obra suele ir mucho más allá de las intenciones conscientes del escritor, aludía a las Musas, a esa materia indefinible, a menudo inconsciente —volvemos a los sueños—, y a todo cuanto parece ajeno a la propia obra, sin embargo creado gracias a ella. Así decía Borges:

«No escribo por el pequeño ni por el gran nombre. Lo hago cuando siento la necesidad. No busco temas, espero que los temas vengan a mi encuentro...; por otra parte puedo rechazarlos. Y si verdaderamente insisten, entonces escribo para poder pasar a otra cosa».

Parece, entonces, que no solo escribimos para recordar, buscar coherencias y establecer sentidos, sino también, tal vez al mismo tiempo, para poder «pasar a otra cosa»: para asimilar algo y ser capaces de olvidarlo, al fin.

Sea como sea, más allá de las razones evidentes y profundas por las que cada uno de nosotros escribe, más allá de aquello para lo que a cada cual le sirva, lo bueno en este caso es que ha dado lugar a este libro que tienes entre tus manos. Y lo mejor es que en él hemos podido agrupar textos (relatos, poemas, ensayos, incluso algún fragmento de novela) que sin duda son parte de nuestra experiencia más personal e intensa.

Y que este ir y venir de tantas palabras, tantas, que responden a visiones y formas tan diversas, es la razón de ser de nuestra escuela, Ítaca, donde todos y cada uno de nosotros nos encontramos y reforzamos un año más. Aprovechamos, por tanto, para dar las gracias a nuestros alumnos, profesores y colaboradores, a quienes habitáis

con nosotros este territorio —hermosa isla de manglares, olvidos, recuerdos y palabras— y lo seguís haciendo no ya germinal, sino inmensamente fértil, a cada paso, con vuestro apoyo, vuestra compañía y vuestra complicidad.

